

LA RULETA DE LA TRANSICIÓN :PARTIDOS Y CIUDADANOS

Por Gabriela Salazar González¹

Hace once años, en 1988, cuando vimos aparecer en México la Coalición Democrática, pocos nos imaginábamos que el fin de siglo y de milenio coincidiría con la vorágine de transformaciones en el ámbito político, social y económico en el país que se desataron a partir de ese año y que irían prefigurando el perfil de una nación distinta.

Los ciudadanos no alcanzamos a comprender todavía la trascendencia de este momento histórico, puesto que nos encontramos precisamente en el ojo del huracán, en medio de irreversibles cambios que están marcando el deslinde entre el México que por 70 años vivió bajo el sistema de un partido hegemónico y el México que hoy, en plena transición, se encamina hacia un nuevo modelo político y social, esquemas que no acertamos aún a definir o visualizar. Los teóricos nos señalan que lo único seguro de una transición democrática es la incertidumbre. Saber cuál será el desenlace de este proceso resulta una tarea indescifrable. Sin embargo, describir el impacto que la transición tiene en los partidos políticos y en la relación de éstos con los ciudadanos es una encomienda posible y el interés principal de este ensayo.

INICIO Y CURSO DE LA TRANSICIÓN

LA RENOVACIÓN DE LOS PARTIDOS EN EL MUNDO

Hablar de la “crisis” de los partidos políticos parece a estas alturas un lugar común, si consideramos que desde 1989 cientos de páginas se han escrito sobre el fin de las ideologías, el derrumbe de las políticas totalizadoras que pretendían explicarlo todo, el colapso del comunismo en la Unión Soviética y Europa del Este, el término de la era bipolar y la Guerra Fría y una especie de “ola democratizadora” que comenzó a recorrer el mundo y que hizo que los principales partidos dominantes del orbe entraran en colapso, o bien, comenzaran a replantear su visión y su inserción en una realidad política y social completamente diferente a la que prevaleció durante la Guerra Fría.

En Europa, estos hechos históricos devinieron en un serio replanteamiento de los principales partidos socialdemócratas. La llamada vieja izquierda, amenazada por la “nueva derecha” o neoliberalismo que cundió a partir de la década de los ochentas, impulsada por el “reaganismo” y el “thatcherismo”, causó, entre otras cosas, que los partidos se cuestionaran sobre su relación con el Estado moderno producto de estos cambios y con la sociedad civil, así como el nuevo papel que deberían tener en un mundo donde los mercados, la tecnología y la democratización parecen ser los elementos claves del futuro. La superación de la dicotomía izquierda-derecha que fue el cimiento que sostuvo a los dos grandes bloques dejó a los partidos frente a un abismo ideológico que era necesario enfrentar.

¹ La autora es originaria de Monterrey, N. L.; Lic. en Sociología; Jefa de Proyectos Prioritarios en la Dirección de Planeación y Seguimiento de la Oficina del Gobernador.

A partir de ese momento, podemos hablar de una auténtica revolución internacional en el seno de los principales partidos políticos que en una seria ruptura con el pasado, y en un contexto mucho más complejo, tienen que encontrar nuevos caminos para cumplir con sus funciones políticas y sociales. El término de la era bipolar y de las grandes ideologías que permearon el pensamiento político del siglo XX, significó también el fin de los partidos dominantes, dándose una tendencia que los teóricos han llamado la “gran corriente democratizadora”.

El consenso y el contexto mundial actuales favorecen como nunca la democracia. Durante las últimas dos décadas, los regímenes totalitarios o antidemocráticos perecieron y sus líderes no pudieron enfrentarse a los desafíos de una sociedad moderna que irrumpió súbitamente en la vida política en la mayor parte de las naciones.

En los países conocidos como democracias antiguas -Francia e Inglaterra- el debate se centró en la renovación de los partidos de izquierda, cuya tendencia se acerca cada vez más al centro político. Asimismo, los países con sistemas democráticos entraron en un proceso de perfeccionamiento de los mecanismos y procedimientos de la democracia ya existentes para hacerlos aún más democráticos; se habla hoy de “democratizar la democracia”.¹ En los países cuyos regímenes no alcanzan todavía el status de democracia -como es el caso de México, según teóricos como Robert Dahl o Giovanni Sartori- el desafío consiste precisamente en la transición hacia un modelo auténticamente democrático.

LA AGENDA POLÍTICA DEL FIN DE MILENIO

Durante la era bipolar el mundo era blanco o negro, comunista o capitalista, dependía en mayor o menor medida de esos dos grandes monstruos llamados izquierda o derecha. Lo que puso en evidencia la caída de las ideologías fundamentalistas fue que la sociedad finisecular ya no se ajustaba a este esquema político-ideológico que se convirtió en una camisa de fuerza ante realidades mucho más complejas: un mundo en pleno desarrollo tecnológico, una sociedad civil emergente, más y mejor informada, reflexiva y activa, la propagación de las economías de mercado y la globalización económica, cuyos efectos comenzaron a trascender el ámbito de lo meramente económico, para convertirse en el sino de este fin de milenio. Entendida como interdependencia económica, el concepto de globalización es bastante limitado, pues la revolución en las comunicaciones y la tecnología, así como el desarrollo informático que ha “conectado” al mundo entero necesariamente tiene repercusiones en la vida integral del individuo y de la sociedad. El sociólogo Anthony Giddens señala que “la globalización es interdependencia económica, pero, sobre todo, la transformación del tiempo y el espacio en nuestras vidas”.² Es decir, vivir en un mundo global, en la Era de la Red, donde se habla incluso de la “democracia global”, está trastocando todos los esquemas sociales y políticos y las pautas de vida cotidiana. Los efectos de la globalización van desde el papel de

¹ Anthony Giddens, *La tercera vía*, Taurus, 1999.

² Giddens, *op. cit.*

los Estados, la legitimidad de los Gobiernos, los fines de la democracia y los sistemas de partidos y la relación individuo-colectividad hasta cuestiones fundamentales para los países como la relación con el exterior, la soberanía, el nacionalismo y la identidad cultural, entre otros.

La polarización derecha-izquierda tampoco consideraba hechos que fueron apareciendo con el tiempo, producto de la modernidad, como son los debates ecológicos, los derechos humanos, la diversidad cultural, la evolución de la familia, la participación masiva de la mujer en el mundo laboral y político, el desarrollo de los medios de comunicación y los problemas propios e inherentes al auge tecnológico y globalizador. Hoy, todos estos temas se encuentran en la mesa de discusión de los principales partidos políticos en el mundo.

CREDIBILIDAD Y DESPOLITIZACIÓN

La emergencia de grupos organizados de la sociedad civil en la última década llevó a muchos a cuestionarse sobre la viabilidad de los partidos políticos en un mundo donde la política y los políticos comenzaron a ser sub-valorados y el Estado como institución perdía "peso" como parte del liberalismo económico que proclamaba un "Estado mínimo" y una sociedad civil "fuerte", autogestora y generadora de la solidaridad social que durante años fue proveída por el "Estado benefactor". Este hecho llevó a algunos estudiosos a hablar de la política invadida por la "subpolítica".³

El debate sobre este tema es bastante polémico, aunque en general hay una aceptación de que hasta hoy ninguna organización civil puede suplantar al Estado y a los partidos políticos, se trata solamente de renovar la relación que durante años han sostenido estas instituciones con la sociedad que les da vida.

La viabilidad de los partidos y su futuro tiene relación directa con la decreciente confianza de la sociedad en los partidos políticos. Encuestas realizadas en Estados Unidos revelan, por ejemplo, que en 1964 el 76 % de los norteamericanos confiaban en los partidos, cifra que descendió drásticamente en 1994, cuando sólo el 25 % manifestó confianza en éstos.⁴

En México, una encuesta realizada este año por el diario Reforma/El Norte arroja que el 51 % de los ciudadanos no confía en los partidos, el 44 % sí confía y el 7 % restante no sabe. Sin embargo, el 56 % piensa que los partidos son importantes y el 24 % cree que son un "estorbo".⁵

Otra muestra de la opinión ciudadana sobre los partidos en México señala que un 43 % de los ciudadanos piensa que debe mantenerse el número de partidos, el 44 % cree que debe

³ Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo*, Paidós, 1998.

⁴ Giddens, *op. cit.*

⁵ Revista *Este País*, junio de 1999.

disminuir y un 9 % dice que debe aumentar. ⁶ Además, el 71 % opina que un ciudadano puede contribuir mejor a la solución de los problemas políticos y sociales de México si actúa dentro de un partido.

Estos datos nos revelan una actitud ciudadana proclive a considerar a los partidos políticos como canales adecuados para expresar las demandas sociales. Sin embargo, no hay que perder de vista que este alto grado de influencia concedido a los partidos contrasta con su bajo nivel de credibilidad: un 5.3 en una escala de 0 a 10.⁷ En la práctica, la mitad de la población no confía en las organizaciones partidistas.

Sin embargo, el poco interés en la política partidista no significa necesariamente despolitización como muchos han pensado, y este hecho es bastante contundente cuando observamos que en México, a partir de 1994, la participación ciudadana en las urnas ha ido en aumento. En 1994 la participación fue del 77 %; en 1997 de más del 60 %; en las elecciones locales de 1998 tuvo un promedio de 65 %, porcentaje similar a las elecciones locales que se han verificado en 1999.

La falta de confianza en los partidos políticos que se vive actualmente en México no significa necesariamente desinterés en la vida política y pública; se trata de un proceso de transformación de la sociedad civil que aún no es entendida en su nueva dimensión y magnitud ni por los partidos políticos ni por el Gobierno, pues se encuentra en pleno proceso de evolución. Esta nueva sociedad civil tal vez no confíe en los partidos políticos, pero está participando en la vida política y se interesa por los asuntos públicos, acude a votar en las elecciones y castiga con su voto a partidos y gobernantes.

En el caso mexicano, este desfase entre sociedad civil y partidos políticos tiene que ver con los rasgos propios del sistema político y lo que ha sido nuestra cultura cívica y democrática; así como con el profundo proceso de transición que estamos atravesando. La “fe en la democracia”⁸ hoy es más fuerte que nunca. La desconfianza en los partidos, no despolitización o desinterés ciudadano, tendrá que encontrar nuevos canales de comunicación tanto con partidos como con las instituciones del Estado.

LA TRANSICIÓN DEL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO

En México, la “ola democratizadora” se nos presenta en la llamada “transición democrática”, término que va y viene hoy en boca de todos, pero que empezó a escucharse apenas en 1988, a raíz de la escisión priísta que culminó en la formación de la Coalición Democrática.

Aunque fue a partir de ese momento en que la transición tomó un camino sin regreso, se ubica al movimiento estudiantil de 1968 como el primer “aviso” que la sociedad civil mandó

⁶ Luis Salazar (coordinador), 1997, *Elecciones y transición a la democracia en México*, Cal y Arena, 1999.

⁷ Luis Salazar, *op. cit.*

⁸ Roberth Dahl, *La democracia, una guía para los ciudadanos*, Taurus, 1999.

al Gobierno, el primer síntoma de un sistema desgastado que entraba en agotamiento. Sin embargo, habría que esperar 30 años para que ese sistema político basado en el presidencialismo, y en un partido hegemónico con fuertes redes de poder sectorial y corporativo, comenzara a resquebrajarse.

Las graves fracturas priístas de 1987 fueron sólo el inicio de una serie de rupturas al interior del partido que desembocaron en una fuerte división de la clase política: brechas ideológicas abismales y pugnas entre la clase tradicional y la nueva clase "neoliberal". Este vendaval político que se dio en el centro mismo del poder, se agravó debido a la crisis económica desatada en 1994, los crímenes políticos perpetrados ese mismo año y el surgimiento del movimiento zapatista.

De forma simultánea a todos estos acontecimientos que han precipitado la erosión del sistema político mexicano en su conjunto, el PRI comenzó su debacle en las urnas. En 1994, obtuvo el 50 % de la votación total, mientras que el PAN llegó a un 25 % y el PRD a un 16 %. Atrás quedaron los viejos tiempos del 80 y 90 % de la votación. En las elecciones federales de 1997, el partido en el poder tuvo la que ha sido hasta hoy la peor derrota de su historia: alcanzó solamente el 39 % de la votación total, el PAN el 26 % y el PRD el 25 %, dándose como nunca un equilibrio de fuerzas políticas que afianzaron el tripartidismo naciente y que ahondaron la crisis presidencial: el nuevo "Gobierno dividido", hecho inédito en México (un Ejecutivo sin mayoría en el Congreso de la Unión), ha encontrado diversos obstáculos para ejercer su poder, antes hegemónico e intocable.

En los últimos 5 años, la transición a la democracia tomó un giro irreversible. Los signos más claros son el fin de un sistema con un partido hegemónico, el equilibrio de fuerzas políticas que tiende al tripartidismo, una legislación electoral más moderna y equitativa, la alternancia en el poder como un hecho factible, la alta competitividad de los procesos electorales, una mayor confianza ciudadana en el respeto al sufragio, campañas políticas con un grado de agresividad y polarización mucho más alto, un electorado más reflexivo, consciente y participativo.

LOS PARTIDOS DEL MÉXICO EN TRANSICIÓN

IDEOLOGÍA *VERSUS* CONFUSIÓN

Los partidos políticos en México han surgido todos ellos de condiciones históricas muy particulares que en su momento propiciaron la emergencia de estas instituciones que representaban legítimos intereses sociales y populares y, además, contaban con un fuerte trasfondo ideológico.

El Partido Revolucionario Institucional, fundado por el General Plutarco Elías Calles en 1929 como el "Partido de la Revolución", producto de una lucha social con una base popular muy sólida, llevó al país de la dictadura hacia la era moderna. Los "herederos" de la

Revolución proclamaron la República sobre conceptos ideológicos muy definidos: la libertad, la igualdad política y la justicia social. El bagaje ideológico del PRI apareció así como incuestionable, toda vez que sustentaba su legitimidad en el movimiento social más importante que ha tenido México en el presente siglo y que cristalizó los ideales revolucionarios en la Constitución Política de 1917. Durante seis décadas, antes de que el sistema político iniciara su debilitamiento, el PRI contó con el apoyo social mayoritario a través de los sectores corporativos que todos conocemos: el sector obrero, aglutinado en la CTM; el sector campesino organizado en la CNC y el sector urbano-popular representado en la CROC. En suma, el PRI fue sinónimo de la ideología de la Revolución, ideología definida por algunos historiadores como de “centro-izquierda” por su fuerte contenido social. Bajo esta ideología se integró a la mayor parte de los sectores sociales que constituyeron la estructura de apoyo político del PRI y que le dieron legitimidad y vida por más de 60 años.

El Partido Acción Nacional, por su parte, creado en 1939 por Manuel Gómez Morín surgió, en el periodo del cardenismo en México, como una reacción de desacuerdo al régimen prevaleciente tanto en lo económico, como en lo político y lo social. La ideología del PAN se basa en el llamado “humanismo político”, una especie de “realismo moderado”⁹ cuyos principios rectores son el bien común, la dignidad de la persona, la solidaridad y la subsidiariedad para regular las relaciones entre los individuos y el Estado. A lo largo de varias décadas, y debido a la composición política de México con un partido hegemónico que no dejaba espacios a partidos de oposición ni en la práctica ni en las leyes, el PAN se mantuvo como una sombra que, sin embargo, logró sobrevivir al *status quo* y a partir de la década de los 80’s, cuando se dan los primeros síntomas de la transición y la alternancia producto de las reformas electorales de 1977, comenzó a cosechar frutos en las urnas y a extender su influencia y dominio, hasta convertirse en la segunda fuerza política del país. La ideología panista es ubicada como de centro-derecha, pues en sus filas ha aglutinado desde sus inicios a una buena parte de la clase empresarial y urbana. La expansión del PAN en los últimos años tiene también relación directa con una identificación de las clases medias que surgieron con el México moderno y que son “aliadas naturales de la democracia”.¹⁰

El Partido de la Revolución Democrática, surge en 1989 producto de la Coalición Democrática que en 1988 lanzó un candidato único a la Presidencia de la República; es un saldo directo del proceso de transición. Su origen está asociado a las rupturas internas del PRI y a la necesidad de formación de un partido de masas que conjuntara el desacuerdo de amplios sectores sociales con el sistema prevaleciente. Así, el PRD comenzó a reunir una fuerza cuyos sectores de apoyo fueron las clases bajas y medias golpeadas por las crisis económicas recurrentes, además de sumar en sus filas los resabios de la vieja izquierda mexicana y un conjunto de priístas disidentes. Aunque el PRD se autodefinió en su Asamblea Nacional de 1998 como un “partido de izquierda”, en la práctica, subsisten al interior las

⁹ Documentos internos del PAN: Historia del partido

¹⁰ Robert Dahl, *op. cit.*

corrientes tradicionales y radicales de la izquierda, y un ala más moderada que insiste en colocarlo en el centro del espectro político.

Con el inicio de la descomposición del sistema de partido hegemónico en México y un ambiente de renovación política y social de los principales partidos en el mundo, estas organizaciones (las tres fuerzas políticas más importantes) sufren hoy como nunca una seria crisis ideológica.

El PRI vio agotado el sustento de la Revolución por el paso mismo del tiempo. La ideología revolucionaria sucumbió con la modernización de México y de su sociedad y se vio rebasada por la tendencia globalizadora y democratizadora que distingue este fin de siglo. Los ideales revolucionarios de justicia social fueron suplantados por el liberalismo económico que echó por tierra las bases del Estado benefactor; el precepto de igualdad política pereció ante una realidad aplastante: el paso natural de la transición ha propiciado auténticos síntomas de democracia y ha facilitado el impulso de fuerzas democratizadoras que pusieron en evidencia que la vida política en México estaba lejos de ser democrática e igualitaria para partidos y ciudadanos. Es decir, la transición democrática está dejando al descubierto la ausencia de democracia que prevalecía en el país.

Con la emergencia del PRD que empezó a aglutinar a las masas inconformes con el sistema, el PAN se vio en la necesidad de moderar su propuesta hacia el centro, pues el mote de "partido de derecha" contrastó significativamente con las demandas populares y sociales que el PRD encabezaba. Tal vez la crisis ideológica más importante del PAN en los últimos años ha sido por su acercamiento con los gobiernos presidenciales, hecho que no ha dejado de afectar su credibilidad. El discurso del PRD aunque se ubica a sí mismo como partido de izquierda, en la práctica es hacia un cambio moderado, sin radicalismos.

La tendencia actual de los partidos, siguiendo la pauta internacional, es hacia el centro político. Los extremismos ya no son válidos ni populares y ningún partido quiere estar en ellos. Sin embargo, hasta ahora ninguna organización partidista ha logrado concretar el discurso del "centro", ni en la práctica ni en las propuestas.

La crisis de ideología de los partidos ha generado una serie de transformaciones en la relación de estas instituciones con su electorado. La más visible e importante es la confusión ciudadana. En la práctica, para el ciudadano común, las diferencias ideológicas de tan sutiles son invisibles, no hay distinciones concretas ni palpables entre un partido y otro; las propuestas y/o programas de gobierno de los partidos cada vez se asemejan más. Por ende, la confusión ideológica ahonda la distancia entre el ciudadano y el partido político y renueva el ciclo de desconfianza social hacia estas instituciones.

Antes de esta crisis de ideología –sumada al resquebrajamiento del sistema político mismo- cada partido contaba con ciertos sectores o grupos sociales que conformaban su

estructura de apoyo político; un cierto número de votantes “cautivos” o “leales” (el llamado “voto duro”) que, independientemente de los candidatos postulados por los partidos o los resultados de sus gobiernos, siempre votaban a favor de determinado partido. La relación ciudadano-partido se apoyaba precisamente en esa “carta de confianza” que había entre el elector y la ideología partidista. Este esquema se ha modificado profundamente en México. Hoy, los tres principales partidos en el país han perdido parte sustancial de su voto “duro” debido al vacío ideológico y al reacomodo de fuerzas, para dar paso al fenómeno de la volatilidad electoral.

Según las estadísticas actuales, más del 50 % de la población mexicana integra esta masa de votantes “*switchers*”.¹¹ Este elector volátil no está ligado directamente a ningún partido o ideología; su decisión fluctúa entre un partido y otro, puede votar por dos o más partidos según factores muy diversos como sus intereses particulares y sociales, la penetración de las campañas políticas, el carisma del candidato, los resultados de los gobiernos anteriores, etc.

El colapso del sistema político con su crisis de ideología de partidos ha puesto fin a la relación partido-elector basada en el sufragio cautivo que, sin haber desaparecido totalmente, devino en una relación más libre, de oferta y demanda.

EL MERCADO ELECTORAL: LA DISPUTA POR EL ELECTOR VOLÁTIL

El actual panorama electoral mexicano puede definirse en términos de mercado, oferta y demanda. La relación partidos-candidatos y electores responde a esta fórmula, que es determinada por una serie de elementos muy variables, la dinámica de los partidos es ajustar su oferta política a los vaivenes de la demanda ciudadana y como las demandas ciudadanas de la mayoría de los mexicanos son hoy por hoy bastante parecidas (seguridad pública, empleo, educación, salud y un gobierno honesto, entre las más relevantes)¹², la relación partido-ciudadano no tiene un sustento firme, sino que es tan fluctuante, que en el proceso político de convencimiento, captura o “caza” del elector funcionan en muchos casos las reglas más elementales del mercado en su acepción económica. Como la demanda es generalizada, los temas de las campañas son uniformes y homogéneos, lo que acrecienta el nivel de confusión y profundiza la desideologización.

El desempeño de los gobiernos es hoy uno de los indicadores más relevantes en esta lucha de mercado político y que tiene peso en las decisiones electorales. El voto ciudadano premia o castiga las buenas o malas actuaciones de sus gobernantes. De hecho, el llamado “voto de castigo” contra el PRI fue el primer instrumento que la ciudadanía utilizó para

¹¹ *Switcher* por su nombre en inglés, significa: cambiar una cosa por otra, conmutar.

¹² CEO. Universidad de Guadalajara. *Encuesta nacional sobre el perfil, imagen y posicionamiento de los partidos políticos y los aspirantes a la Presidencia de la República para el 2000*, marzo de 1999.

mostrar su rechazo ante una mala gestión. El voto de castigo ha sido definitivo para el naufragio del PRI y una actitud muy característica de la sociedad civil en esta transición.

Un ejemplo muy elocuente del voto de castigo es el caso de las elecciones locales en Baja California Sur que se verificaron en este año, donde el descontento ciudadano con los gobiernos del PRI fue el factor que más influyó en la formación de la Coalición Opositora que triunfó sobre el priísmo. Sin embargo, hay otros casos como los de Otto Granados Roldán en Aguascalientes y Francisco Barrio en Chihuahua que obtuvieron siempre buenas calificaciones como gobernantes, pero sus respectivos partidos no retuvieron las gubernaturas; en ambos estados se dio la alternancia. El elector puede premiar o castigar con su voto a los partidos y sus gobernantes, pero es sólo un factor entre una diversidad de elementos que se conjugan.

Otro de ellos es el proceso interno de selección de candidatos. La buena o mala selección, en términos de transparencia y democracia, determina el desempeño del partido en las elecciones. La selección interna es un nuevo parámetro ciudadano para medir el grado de democratización del partido. Esta exigencia legítima que ha surgido de la sociedad, sumada a la alta competitividad electoral, ha hecho que los partidos traten de utilizar mecanismos de selección transparentes, abiertos y democráticos que den legitimidad a sus candidatos.

Generalmente cuando se habla de la "mala" selección de candidatos, tendemos a remitirnos al PRI, por ser este partido el que siempre impuso a sus candidatos de una forma unilateral y antidemocrática, sin tomar en cuenta las más mínimas preferencias de sus militantes. Los procesos de selección interna afectan a todos los partidos, no sólo al PRI. Si tomamos como ejemplo los procesos electorales de 1998, donde 14 entidades renovaron gubernaturas, observamos cómo los procesos partidistas internos tienen hoy una alta influencia en el electorado. El caso de Chihuahua nos ilustra cómo el PRI experimentó en esta entidad, abriendo el proceso a una consulta abierta a la ciudadanía donde resultó ganador Patricio Martínez, que contendió internamente con el candidato considerado "oficial". Esta renovación redituó buenos resultados al PRI y fue definitiva para que ganara la gubernatura.

Por el contrario, en Zacatecas y Aguascalientes el PRI postuló candidatos de "unidad" que fueron altamente cuestionados incluso por los mismos priístas por provenir de prácticas antidemocráticas y centrales, el partido tuvo resultados desfavorables, perdiendo ambos estados. En el caso de Veracruz, el PRD estaba consolidando una fuerte presencia que perdió en 1998 al nombrar a un candidato que no estaba apoyado por las bases perredistas y al que se cuestionó por la forma en que fue elegido. En el caso del PAN, los procesos de selección no han sido tan cuestionados pues este partido tiene una tradición de elección de sus candidatos a través de convenciones de delegados que cuentan con la aceptación de la mayoría de los panistas.

Tanto la gestión gubernamental como la selección de los candidatos son factores que cuentan al momento de votar. Sin embargo, el factor decisivo en esta transición que parece tener la ascendencia principal, es la figura del candidato. Son variadas las encuestas que nos muestran cómo una buena parte del electorado mexicano está votando por la persona, no por la institución. Vivimos en la era del candidato.

SÁLVESE QUIEN PUEDA, ¡VIVA EL CANDIDATO!

La disociación partido-candidato es producto de varios factores como la alta volatilidad del electorado, la crisis de credibilidad de los partidos y, en el contexto actual, una lucha muy clara y profunda por el poder. Producto de estos hechos, aparecen así una serie de personajes políticos que sutil o explícitamente se alejan de las siglas de los partidos, dejando atrás la época de las campañas de partidos para dar paso a las campañas personales, donde la exaltación de la persona es la parte medular para la captación del voto ciudadano.

Vicente Fox realiza una intensa campaña electoral en pos de la Presidencia que desde su inicio estuvo alejada del panismo y de los mecanismos, prácticas y protocolos del partido. Fox ganó la candidatura única sobreponiéndose al PAN. En el caso del PRI, las rupturas son todavía mayores. Roberto Madrazo y Manuel Bartlett, dos de los precandidatos, liderean cruzadas desligándose del partido al que pertenecen y del sistema del que formaron parte. En el PRD, la figura de Cuauhtémoc Cárdenas rebasa con mucho a la imagen del partido como institución. Son estos los caudillos de la transición que poco se distinguen de los caudillos postrevolucionarios.

En esta disputa por el voto predomina además la incongruencia e incoherencia del discurso político. Los priístas reniegan del neoliberalismo que antes apoyaron; mientras que panistas y perredistas arremeten contra el sistema sin una contrapropuesta. La cuestión en este mercadeo es llamar la atención, lanzar desafíos a los adversarios, defenderse de ataques, aparecer en la prensa, ganar debates, tener los mejores spots electrónicos, encabezar las encuestas.

El riesgo de este protagonismo o individualismo sobre las instituciones radica en la autenticidad de los fines de estas personas como individuos desligados de los partidos. Deutsch¹³ llama a estos personajes “políticos orientados al poder”, a diferencia de los “políticos orientados a la política”. “Estos partidos o políticos individuales se preocupan poco por las leyes y políticas que se promulguen, mientras sean ellos quienes se encarguen de hacerlo”.

Como en todo proceso de mercadeo, el que cuente con más recursos económicos o tenga más posibilidades de allegárselos, tiene mayores posibilidades de acceder al *marketing*, que en última instancia “crea” un producto según la imagen que se desea proyectar y el público que se quiere impactar. El *marketing* se concentra en la personalidad, el carisma, los rasgos fuertes del candidato que pueden tener incidencia positiva en la gente (firmeza, experiencia,

¹³ Karl W. Deutsch, *Política y Gobierno, cómo el pueblo decide su destino*, Fondo de Cultura Económica, 1989.

honestidad), resaltan siempre a la persona. Lo que cuenta es el mejor *marketing* político y la consecuencia directa de este hecho es que los ciudadanos nos encontramos en una especie de pasarela ficticia donde desfilan una serie de productos fabricados que tratan de adecuarse a las necesidades del mayor número de electores.

La contraparte ciudadana nos indica, sin embargo, que a la sociedad le preocupan cuestiones de fondo que van más allá de una imagen creada. En una serie de encuestas realizadas por el Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Guadalajara, aparece que al 35 % de los ciudadanos les preocupa que el próximo candidato a la Presidencia tenga "conocimiento de los problemas del país", el porcentaje más alto en relación con otras cualidades que se midieron. El 34 % opina que el candidato idóneo debe ser "capaz de resolver los problemas de México". Estas dos variables son consideradas como las más importantes en relación a la relevancia concedida a la imagen del candidato como persona.¹⁴

El hecho más lamentable es que en esta lucha por el mercado electoral prevalece la ausencia del debate sobre los temas fundamentales que están en juego en esta transición, como son la reforma del Estado, el modelo económico a seguir, el papel de la sociedad civil en el nuevo modelo político, social y económico, la inserción de México en un mundo globalizado, el futuro de la educación, de la salud y de los sistemas de bienestar social, los desafíos de la tecnología y el medio ambiente, los derechos humanos y las demandas indígenas, entre otros. El tratamiento de los problemas del país que preocupan a la gente está supeditado al torbellino mismo de la transición, los partidos y sus candidatos están enfrascados en una lucha ciega entre el pasado y el futuro.

ONCE PARTIDOS: DOS GRANDES POSTURAS

La actual lucha partidista se sustenta básicamente en una oposición maniquea entre el sistema prevaleciente y el cambio de este sistema. Continuidad o ruptura, el *ancien régime* contra el *nouveau régime*.

Actualmente hay 11 partidos políticos que contendrán el próximo año en las elecciones federales –5 que ya existían y 6 a los que se les otorgó el registro el pasado 30 de junio– y de estos 11 partidos, podemos concluir que tenemos dos grandes partidos en México: el PRI, que representa al sistema y que se debate en una lucha interna para mantener el poder; y el resto (los otros 10) que, enfrascados ahora en la polémica de la Alianza Opositora, buscan cambiar el sistema, "sacar al PRI de Los Pinos".

La transición del país a la democracia no se puede reducir a la fórmula sistema-antisistema, PRI-antiPRI, que empobrece nuestra convivencia democrática. Lejos de presentar propuestas para consolidar la transformación y modernización de México (ya sea

¹⁴CEO. Universidad de Guadalajara. *Encuesta nacional sobre el perfil, imagen y posicionamiento de los partidos políticos y los aspirantes a la Presidencia de la República para el 2000*, marzo 1999.

por parte del PRI o de los opositores), los partidos y los candidatos se nos presentan como agentes mismos de la transición, que no atinan más que a oponerse en una especie de cruzada de El Bien contra El Mal, olvidando que la transición va más allá de las luchas partidistas y que no se reduce a la alternancia o a la desaparición de un partido determinado.

Resulta erróneo depositar el éxito o fracaso de la transición democrática en la derrota o muerte del PRI. Los defensores de la Alianza Opositora nos advierten: “no habrá transición sin alternancia”, sin entender que transición no es sinónimo de alternancia, la alternancia y el equilibrio de fuerzas son parte de la transición, no la transición misma. Esta visión limitada de los hechos equivale a negar el cauce natural que precisamente devino en esta transición: la renovación o desaparición del PRI es un proceso ligado a la emergencia de nuevas fuerzas opositoras y democratizadoras; ambos forman parte de un todo.

El PRI no desaparecerá por decreto, posiblemente se extinga lentamente como una institución que cumplió su ciclo natural de vida-muerte en este siglo. Recargar en el PRI y su derrota las esperanzas de la transición y el futuro de México equivale también a que todos los mexicanos no sólo reneguemos de nuestra historia, sino que neguemos la parte de responsabilidad ciudadana y política que tuvimos en el pasado y que tenemos en el futuro.

Acabar con el PRI no puede ser el fin mismo de la transición. El propósito de la transición debe ser, para partidos y ciudadanos, superar esta crisis de revanchas y desavenencias y buscar los consensos que permitan garantizar un equilibrio de fuerzas políticas que puedan convivir auténticamente en un marco de legalidad democrática, con reglas claras de equidad y pluralidad para todos. Ahí radica el éxito de la transición democrática, en garantizar la gobernabilidad del país y conformar en pluralidad el nuevo modelo político y social que queremos para México. El futuro de cada partido dependerá de su nivel de capacidad para superar el momento de crisis y, sobre todo, para convertirse en agente proactivo del cambio.

LOS PARTIDOS DEL PORVENIR

Resulta claro que en el momento actual los partidos políticos en México se han alejado sustancialmente de sus responsabilidades sociales y políticas originales. Sin embargo, en este mar de confusión y lucha por el poder, existe el consenso generalizado de que ni los partidos ni el Estado mismo pueden ser sustituidos por cualquier organización civil o ciudadana. El principal desafío de la transición mexicana consiste en la renovación de las instituciones políticas y sociales (partidos y Estado) a partir de una nueva relación con la sociedad civil.

El primer punto que los partidos tendrían que comprender es que la población mexicana, su electorado, no es ni será lo que fue en el pasado. Las estructuras tradicionales de apoyo ciudadano a los partidos, ya sea las basadas en el corporativismo que sustentaron al PRI, o en determinadas clases sociales definidas que apoyaron al PAN y en su momento al PRD se han transformado para dar paso a un electorado fluctuante, más libre, más reflexivo y

sumamente heterogéneo. El voto cautivo, sin extinguirse por completo, ha dejado de ser mayoritario. Los partidos políticos tienen que comprender la transformación propia de la sociedad civil –que aunque ligada a la crisis de partidos, tiene su propia dinámica y proceso. Hoy, la captación de simpatizantes, militantes y electores debe basarse en una relación de respeto y reconocimiento a este nuevo "ciudadano" que emerge de la transición, cuyo libre albedrío es el que debe determinar la forma de su participación política. Esta relación de respeto al ciudadano no podrá construirse sobre el clientelismo ni el populismo, prácticas que en el pasado anularon la libre selección y afiliación partidista y, por ende, impidieron una auténtica participación ciudadana en los procesos políticos y electorales.

La crisis ideológica es otro de los grandes obstáculos a superar. Resulta indispensable que los partidos políticos realicen una profunda autorreflexión y análisis interno para determinar el ideario ideológico que desean representar y adecuar sus plataformas, propuestas y planes de gobierno. La transición impide a la mayor parte de los partidos visualizarse "hacia adentro", pues su atención se encuentra precisamente "fuera" de sí mismos. Sin embargo será necesario, superado el momento de crisis, hacer un ejercicio de replanteamiento de las bases ideológicas de los partidos, que darán claridad y congruencia al discurso político de los partidos. Esta renovación ideológica está estrechamente ligada a la vida interna de los partidos, donde en forma natural se dan luchas, fricciones y disensos. La cohesión y democratización interna de los partidos es, en este caso, condición indispensable para poder acceder a un debate serio y responsable sobre la cuestión ideológica.

La renovación ideológica debe contemplar dos planos: el contexto político internacional y el nacional. En el primero, los partidos tienen que definir sus posturas respecto a temas torales como la globalización económica, la viabilidad de nuevos esquemas político-sociales como el de la tercera vía, la problemática del medio ambiente, el debate sobre las drogas y el narcotráfico, la situación de la mujer y de la infancia, los derechos humanos y los retos insospechados que traerá en el nuevo milenio el desarrollo de la tecnología y las comunicaciones.

En el ámbito nacional, es necesario que los partidos encuentren el consenso sobre los temas más relevantes de la agenda política y social, más allá de coyunturas e intereses particulares. Sobre esta agenda básica que incluya el papel del Estado, los partidos y la sociedad civil, es en la que se sustentará el desarrollo futuro de México. En esta agenda se hallan los grandes temas de fin del siglo: el modelo económico, la reforma política, el bienestar social, las demandas indígenas, un nuevo esquema de organización social, la atención de grupos minoritarios, el empleo, la salud, la seguridad pública y social y los derechos humanos.

Replanteando sus funciones políticas y sociales, definiendo su ideología, cohesionando y democratizando su vida interna, y conformando un proyecto nacional, es probable que los

partidos políticos puedan recuperar paulatinamente la confianza ciudadana que perdieron y que representa su mayor reto como instituciones protagonistas de la vida política. Esta recuperación de la credibilidad y la confianza ha de tener su origen en el reconocimiento legítimo de la sociedad, como principio y fin de la convivencia democrática. Dejar atrás la historia de revanchas y rencores para dar paso a una concepción moderna y responsable de lo que debe ser un partido político, es quizá la tarea más difícil que enfrentan estas instituciones políticas que hoy se encuentran en transición.

La transición a la democracia debe servir como acicate de una nueva relación entre Gobierno y gobernados, entre partidos y electores, entre instituciones e individuos. El Estado y los partidos políticos tienen frente a sí enormes retos y desafíos para lograr su modernización; los ciudadanos tenemos también responsabilidades y obligaciones en esta transición, la primera es admitir que tuvimos un rol y un lugar determinado en este sistema político que hoy no nos complace. Ya sea mediante la participación o desde la pasividad, formamos parte del capítulo de la historia de México que se está cerrando. Aceptar nuestro papel como cogobernantes nos ayudará a entender mejor nuestro pasado y poder participar responsablemente, en el presente y en el futuro, en escribir las próximas páginas de la historia que queremos para México.

Monterrey, N.L., a 15 de septiembre de 1999